

drid: Gredos.

Proceso N° 1271. "Marcos en el DF" (incluye la entrevista de Julio Scherer García al Subcomandante Marcos). México, 11-3-2001.

ROJAS, R. (ed.) (1995) "Chiapas ¿y las mujeres, qué?". México: *La Correa Feminista* - CICAM.

ROJAS, R. (1996) "Reflexiones sobre la ampliación de la Ley Revolucionaria de Mujeres Zapatistas". México: *La Correa Feminista*. Julio. (Folleto).

ROVIRA, G. (1997) *Mujeres de maíz*. México: Era.

VÁZQUEZ GÓMEZ, S. (1995) "Un momento de reflexión sobre la vida de las mujeres indígenas", en R. Rojas (1995), 81-83.

VERÓN, E. (1971) "Ideología y comunicación de masas: La semantización de la violencia política", en *Lenguaje y comunicación social* de AA.VV. Buenos Aires: Nueva Visión, 133-191.

— (1973 [1995]) "Semiosis de lo ideológico y del poder". *Cursos y conferencias* (Segunda época), 4, 11-38.

ABSTRACT

Rather than a preconceived reading, this paper offers a perspective of the social and discursive aspects of power. The analysis focuses on the whispers that express desires from a certain time and space: the Legislative power in Mexico. It is the voice of the Commander Zapatista Esther, who spoke to the nation on March 28th. 2001. The voice of the Zapatista Movement, voice of the Indian's women, testimony of the Indian condition in Mexico, voice that fights for equality and justice and which demands respect for the indigenous population of Mexico.

Teresa Carbó es lingüista egresada de El Colegio de México. Trabaja en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social (CIESAS) (México) desde 1980. Se ha dedicado al análisis del discurso político, periodístico y parlamentario. Fundadora de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED) e integrante del Advisor Board de la International Pragmatic Association. Es autora entre otros de *Discurso político: lectura y análisis* (México: Cuadernos de Casa Chata N° 105 - Ciesas, 1984); *Una lectura del sismo en la prensa capitalina* (México: Cuadernos de Casa Chata N° 147, 1987); en col. *El discurso parlamentario en México entre 1920-1950* (México: Ciesas, 1987. Vols. 1 y 2; "Regarding reading: on a methodological approach" en *Discours & Society* 12 (1), 2001.

E-mail: tcarbo@juarez.ciesas.edu.mx.

LA RESISTIBLE DECADENCIA DEL DEBATE PÚBLICO EN TELEVISIÓN

JEAN MOUCHON

El lugar de la televisión resulta central para el acceso a la información de la mayoría de la población en Francia. Los noticiarios, bajo su forma canónica de la "gran misa" de veinte horas en los canales generalistas o la de los modelos reducidos presentados en continuado en los canales temáticos, se mantienen en un nivel de audiencia elevado. La demanda de información se confirma igualmente en la radio, con el éxito de *France Info* acompañando a los automovilistas, o de la franja horaria que les está enteramente consagrada en las emisoras generalistas a la hora del desayuno. Paralelamente, los programas de debate acerca de cuestiones políticas o de la vida pública generan cada vez menos ingresos. Pese a las diferentes tentativas esbozadas desde los años ochenta en Francia por renovar el género y mantener al público —por ejemplo, la intrusión en la vida privada de los políticos en *Questions à domicile*— nada parece impedir este movimiento inexorable de erosión (Neveu).

Desde hace dos años, por el contrario, asistimos a un baile inquietante de emisiones que en una sola temporada, al término de la primera tentativa, se suprimen. Desde la partida voluntaria de Anne Sinclair y la supresión de *7 sur 7*, TF1 no logró reponer una emisión equivalente los domingos por la noche. Sin embargo, las dos fórmulas retenidas en 1998 y 1999 se sostuvieron con un presentador conocido y a priori capaz de asegurar un público fiel. Ni el despido de Michel Field, célebre por sus cualidades de animador de foros

de discusión, ni el reconocimiento profesional de Ruth El Krief con su traspaso de LCI al canal madre permitieron que sus emisiones franquearan el fin de año fatídico que fija la reprogramación. El fracaso de *Public y 19H dimanche* tiene un alcance particularmente significativo, en la medida que muestra la obsolescencia de dos concepciones clásicas del debate público televisivo: ni la fórmula provocativa y de enganche de la primera, ni el cuestionamiento político que opera en la segunda han suscitado un interés sostenido.

Más allá de que las preguntas de los programadores de los canales de televisión sean legítimas y operacionales, estas obligan a reflexionar acerca del hiato constatado entre el interés del público por la información y su indiferencia por el debate y la confrontación de carácter político. A menudo reducida a consideraciones relativas a la moralidad y a la fiabilidad de la clase política, la interpretación habitual frente al rechazo del debate resulta bastante vaga. ¿No conviene interrogarse sobre ciertos aspectos esenciales de la dinámica democrática a los que reenvían estas formas de emisión? Las modalidades de selección de los actores sociales invitados a participar, su representatividad en relación con la población general y las condiciones en medio de las cuales los intercambios se desarrollan son tan estereotipadas que merecen entonces atención. La pregunta reenvía al problema de la regulación democrática en una sociedad que se encuentra bajo la gestión de los medios, precisamente en un momento en que los partidos y los sindicatos tradicionales están casi excluidos.

1. LOS DISPOSITIVOS, LOS MODOS ENUNCIATIVOS Y EL LUGAR DE LOS ACTORES SOCIALES

1.1 LA ELECCIÓN PROXÉMICA Y LOS MODOS ENUNCIATIVOS

Las emisiones de carácter político se basan en modelos proxémicos muy jerarquizados. La mayor parte del tiempo situado en París, el estudio de televisión permite la puesta en imagen del estatus acordado a los participantes. El efecto más intenso se produce cuando la atención del telespectador está concentrada exclusivamente en el invitado y el conductor que regula la conversación. Esta figura estrecha constituye la forma más clásica del intercambio político; sin embargo, la indiferencia manifestada respecto de *19H dimanche*, presentado por Ruth El Krief, atestigua la dificultad del género para sobrevivir a sí mismo. Parecería que esta forma dual fuera, en lo sucesivo, confundida con la presentación solitaria del político que, en democracia, resulta poco creíble. Esta queda reservada a los jefes de Estado en circunstancias graves,

como una situación de guerra, o en ocasión de ciertos rituales sociales, como los votos de fin de año, por ejemplo (Verón 1987: 33). Este desprecio revela de manera fuerte el fracaso de un modelo de expresión considerado durante mucho tiempo como el más adecuado para la información política. TF1 ya ha asumido tal cambio de expectativas del público y la conversación con el político se integra en el interior del tiempo reservado al noticiario.

Aplicado desde las elecciones europeas de 1999, este nuevo modo de tratamiento se mantiene en la siguiente emisión política del canal con Patrick Poivre d'Arvor. Ese deslizamiento en el orden enunciativo resulta hábil pues reenvía la expresión del punto de vista político a un proyecto desligado de su finalidad persuasiva. Considerada ahora como elemento de información, la posición política se vuelve audible. El lazo fuerte entre la topografía del habla y la modalidad enunciativa justifica las elecciones estratégicas de los responsables de los canales de televisión por asegurarse la audiencia al mismo tiempo que las opciones de comunicación del político. De este modo, emitir en France 2 *Vivement dimanche... prochain* a la misma hora que *19H dimanche* en TF1 puso en evidencia la confrontación desigual de los dos modelos: uno exclusivamente centrado en el contenido político, con desarrollos apun- talados, y el otro, con un tratamiento lateral y un modo humorístico.

Una de las tendencias del tratamiento político, en la televisión consiste entonces en reducir al máximo el aspecto argumentativo cuando de lo que se trata es de llegar a un público amplio. Resulta sorprendente, en efecto, constatar la manifiesta diferencia de recepción de Ruth El Krief, destacada y apreciada en el canal temático de información LCI y trivializada y luego apartada en TF1. La televisión generalista parece, entonces, corroer inexorablemente las cualidades salientes de la política: discutir contradictoriamente e intentar persuadir.

1.2 LOS DISPOSITIVOS, ESPEJOS DE LA ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

Conscientes del riesgo de achatamiento de la expresión política, algunos periodistas, especialmente en los canales de servicio público, han intentado reaccionar elaborando dispositivos más livianos, que incluyeran una diversidad de actores. Desde sus títulos, incluso, las emisiones exitosas de France 2, *La France en direct* y *Direct*, dan cuenta de un proyecto en el que el intercambio de puntos de vista resulta central. Su fracaso deriva, sin duda, de la pesada tendencia analizada precedentemente y que conlleva una condena no sólo a un género televisivo sino también a un modo de enunciación. No menos interesante resulta observar el funcionamiento interno de estas dos emisiones.

La primera anuncia su voluntad de dar la palabra a la gente común, como lo muestran los dúplex entre el estudio parisino y los lugares registrados en provincia. Podría pensarse qué satisfacción se les da a todos aquellos que, cansados del lenguaje de los políticos o de los expertos *habitués* de los estudios de televisión, pueden, en este marco, delegar su expresión.

Sin embargo, la insatisfacción deviene profunda, como lo ilustran los ejemplos del invierno de 1995, en momentos de la larga huelga a la que debió hacer frente el gobierno de Alain Juppé. Titulada *Pourquoi ça bloque*, la emisión del 1º de diciembre reunió en el estudio a políticos y expertos, tales como el ministro Jacques Barrot o Alain Kouchner, y en dúplex a los huelguistas: estudiantes de Toulouse, empleados de correo de Estrasburgo y ferroviarios de Le Mans. El balance del tiempo acordado a cada categoría de actores es revelador de una asimetría ofensiva ya que mientras los huelguistas hablan durante 15 minutos el estudio monopoliza el resto del tiempo de una emisión de dos horas. Más allá de la expresión de su cólera, los huelguistas proponen un análisis pertinente del protocolo de palabra que rige ese magacín político. Cada representante en dúplex insiste sobre el mismo punto:

Un cartero:

Estamos felices de poder tomar por fin la palabra. Hay un montón de cosas para decir, los políticos confiscaron la palabra toda la velada y bueno, ellos dijeron cosas que ya se saben, que se han machacado desde hace años.

Un ferroviario:

Yo hubiera querido que esta noche acá, o mejor en Estrasburgo, todos los trabajadores en lucha en su país pudiesen tener un poco más la palabra y no solamente los salones parisinos, lo cual es escandaloso.

Un estudiante:

Uno pelea por reformas en positivo, uno tiene una idea de lo que quiere [...] sería tiempo de considerar que tenemos cosas positivas para aportar.

Como se puede constatar, la asimetría del reconocimiento de los estatus y la inequidad en los tiempos otorgados para hablar son unánimemente denunciados por los actores, no obstante el ánimo de movimiento social del que trata la emisión. Nos encontramos con un proceder clásico del tratamiento periodístico de los conflictos: el actor es convocado para testimoniar brevemente sobre su experiencia, y el experto, desde el estudio, desarrolla largos análisis, apoyándose en sus comentarios (Bonnafous 1994: 113-128). No es sorprendente que los actores implicados experimenten cólera como

consecuencia de esta desposesión programada. Sería erróneo pensar al dispositivo de la emisión como específico de la situación de crisis que caracteriza al período. El resto de los magacines políticos en el conjunto de los canales de televisión, y particularmente en canales de mucha audiencia, articulan el mismo dispositivo de toma de palabra.

El funcionamiento implícito y rutinario de la interacción verbal entre políticos, periodistas-medidores y la gente común se pone en evidencia. La atribución de roles está predeterminada: el político se ubica en posición de responder y la persona común formula preguntas en el momento requerido por el periodista y en el tiempo que se le asigna (Mouchon 1998). Tal concepción no es inocente: reposa sobre una visión abiertamente estratificada de la sociedad que esta reproduce como un emergente de sí. Para ilustrar lo expuesto, se puede retomar el enunciado de las rúbricas propuestas por Guillaume Durand en ocasión de la emisión especial de TF1 consagrada al referéndum sobre Maastricht, el 3 de septiembre de 1992 (Mouchon 1997).

La primera parte, centrada en la conversación entre el presidente Mitterrand y un panel de gente común se presenta como el momento de expresión “de las preocupaciones de los franceses”; la segunda, focalizada en un diálogo con periodistas parisinos, aborda los “problemas de actualidad”; finalmente, la última, con un minidebate entre el Presidente y Philippe Séguin, es la ocasión de tratar “las cuestiones de fondo”. La franqueza ingenua del animador muestra la asimilación inconsciente de las reglas de encuadre de la palabra de los actores sociales, en la televisión, por parte de los mediadores.

Sin embargo, no sería legítimo preguntarse si todavía es posible consagrar al político como un ser omnipotente y omnisciente, frente a la complejidad de la sociedad contemporánea, sacudida por los trastornos de la mundialización y de la revolución tecnológica. Considerada desde una perspectiva de confrontación de las lógicas profesionales, esta situación se revela beneficiosa para los periodistas en sus relaciones con los actores políticos. Su margen de maniobra se amplía: la exigencia respecto de “los poderosos” ¿no debería ser absoluta? La confusión, común en estos últimos años, entre el orden judicial y la práctica periodística o de investigación no ha podido desarrollarse más que sobre ese zócalo equivocado donde la política parece tener tanto poder, mientras los dispositivos televisivos en los cuales aparece a menudo no le dan los medios para una expresión argumentativa y adecuada con la presentación compleja de las alternativas y las decisiones relativas a la vida pública. Además, el estatuto menor otorgado a los actores comunes choca frontalmente contra las aspiraciones de una población más exigente y más instruida. El conjunto de los elementos del modelo de comunicación políti-

ca privilegiado por la televisión desde hace muchos años se presenta como un obstáculo al cambio real entre los diferentes actores de la sociedad. Luego de un largo período marcado por el desempleo y por la revelación de numerosos "affaires" que implican al campo político, el interés del ciudadano-teleespectador por la "cosa" pública no se puede restablecer sino sobre una base participativa, igualitaria y razonable: tres características ausentes de los dispositivos televisivos actuales.

El estatuto de la política en una sociedad enteramente mediatizada resulta muy problemático. En cierta manera, es razonable pensar que la semántica de la interacción se enriquece con el pasaje del orden simbólico al orden indicial (Verón 1995). No es, en efecto, indistinto conocer la personalidad de aquellos a quienes se delegan zonas de poder importantes. La televisión es, en este sentido, un revelador sin complacencia. Pero la trivialización de la política en el seno de una programación de entretenimiento y su instrumentalización a partir de la lógica del marketing tienen efectos destructivos. Los rasgos distintivos del discurso político son negados, la especificidad de su función en la sociedad es olvidada y la población experimenta su laxitud con un desinterés creciente.

2. LAS LÓGICAS DISCURSIVAS Y LOS PROCESOS COGNITIVOS

2.1 LAS LÓGICAS DE PRODUCCIÓN

La atribución distintiva de roles preestablecidos opera como un filtro en la elección de los participantes de las emisiones de intercambios políticos en la televisión. Como consecuencia de la lógica de la administración por la búsqueda de audiencia, se tornó "natural" no presentar sino a los actores más conocidos. Esta manera de hacer, presentada como un imperativo en el medio periodístico, genera una situación de bloqueo con respecto a la representatividad social de la palabra en la televisión y una laxitud del público en espera de renovación.

A este criterio de notoriedad se superponen otros, siempre presentes como reveladores de una necesidad de buen funcionamiento televisivo. Los rasgos de personalidad privilegiados reposan en gran medida en el énfasis, la exuberancia, lo deslumbrante. Así, la selección de los políticos puede hacerse con relativa independencia de la notoriedad, en la medida en que un carácter bien afirmado garantiza con toda seguridad un estallido de éxito, una irrupción de espectacularidad.

Jean-Marie Cavada, en un número especial de *La marche du siècle* hizo

mención a un especialista de derecho internacional ¡para ofrecer informaciones sobre los aspectos jurídicos del tratado firmado en Maastricht! Las dos lógicas discriminan categorías de público, una popular, inclinada a satisfacer formas lúdicas primarias; la otra, más exigente, a la medida de su capital cultural.

El análisis de estas prácticas casi ritualizadas a partir de la modelización de la televisión por la lógica comercial es necesario para mostrar que no revelan una fatalidad sino, antes bien, ciertas opciones que tienen efectos y que, precisamente por eso, merecen ser discutidas. El desinterés por el debate público sin duda es alimentado por las reglas de un juego de roles donde sólo algunos saltimbanquis encuentran su ventaja... narcisista.

2.2 LOS ACTORES, LOS DISCURSOS Y SUS CONDICIONES DE INTELIGIBILIDAD

Los raros momentos en los que puede desarrollarse el intercambio argumentativo merecen, entonces, una atención particular. Al día siguiente de una emisión de debate en la televisión francesa, la prensa extranjera subraya a menudo la dificultad de los participantes para respetar el orden de los turnos en las intervenciones y, por lo tanto, para escucharse. El diálogo se desarrolla mal, atascado entre largos monólogos de contenidos frecuentemente extraños los unos a los otros. Sensible a este desfase cultural, el corresponsal de la BBC prorrumpa en exclamaciones luego de un programa de TF1, antes del referéndum sobre el tratado de Maastricht: "Las preguntas del panel parecían más bien alocuciones".

Esta constatación, fácilmente confirmable en numerosas emisiones, revela la inequidad del acceso a la palabra pública para cierta categoría de actores sociales. Muestra nada menos que la voluntad compartida de cada uno por expresar sus propias convicciones y debilita los análisis en función del creciente desinterés por las cuestiones políticas. Pero con toda seguridad impulsa también a seguir reflexionando sobre la trivialización de esta forma de no comunicación, desde hace ya algunos años. Los discursos producidos, su retórica y su estructura son ejemplarmente reveladores.

Marcadores sociales fáciles de decodificar por los miembros de una misma cultura, esos discursos delimitan universos de referencia de fronteras estancadas. Nada en común, en efecto, entre la palabra calibrada y llena de certidumbres del experto y aquella más próxima a las prácticas cotidianas del profano. Para dar cuenta de la primera, es necesario referirse a modelos adquiridos. El empleo repetido de estructuras equivalentes en número de este tipo de intervenciones por parte tanto de los funcionarios políticos naciona-

les como de los expertos consagrados por la televisión incita a explorar esta vía. Recurrente en sus formas, la palabra pública retoma los modelos canónicos enseñados en los grandes colegios. La ENA (École Nationale d'Administration), por el lugar incontrovertible que ocupa en la formación de las elites de la administración, sería el principal referente.

Formal y retórica, la palabra experta participa entonces de un saber constituido. Más allá de la apreciación acerca de los artificios de lo que aparecería, por mucho, como un juego de lenguaje socialmente distintivo, es esencial ver cómo se aprehende lo real. Su tratamiento se opera por el filtro de procesos cognitivos de funcionamientos bien afianzados. En la medida en que la realidad se considera a priori como un conjunto problemático, es lógico comenzar por reformular los elementos del conjunto considerado. La designación y la denominación representan los actos fundadores de este proceso. Sería fácil y seguramente inútil multiplicar los ejemplos de ese léxico abstruso, ya que se ha vuelto común en nuestra sociedad tecnocrática y administrativa.

El peso del desempleo desde hace ya más de veinte años y los diferentes planes elaborados por los políticos para tratar de mitigar sus efectos han generado un stock lexical considerable. En la búsqueda de novedosas ocupaciones alternativas, se ha innovado con la creación de los "stewards de ciudad", de los "agentes de ambiente", de los "mediadores de lectura", e incluso de los "animadores de orilla". Para seguir la evolución del reacomodamiento con la nueva economía, que no le aprovecha a toda la población, los expertos se aplican de ahora en más a despejar las "trampas del desempleo". Asemejándose a un trabajoso juego de creatividad, este modo de encorsetar una realidad densa en la experiencia cotidiana acentúa la impresión de divorcio entre el experto, el decisor y el hombre común.

Una vez que la denominación ha desempeñado un papel fundador en virtud de la reformulación de la realidad que problematiza, es posible abordar, entonces, la segunda etapa. Tomando prestado el método clasificatorio de las ciencias de la observación, el procedimiento permite fraccionar el planteo de los problemas abriendo categorías múltiples. El ejercicio del poder se realiza cada vez más de esta manera. Sin duda necesaria, desde un punto de vista operativo, esta gestión trae aparejados también, en gran medida, efectos semejantes a los de pilotear un avión sin radar, sólo a partir de los indicadores provistos por las encuestas de opinión. La política contemporánea está cada vez más formateada según las reglas del marketing. La operación que consiste en categorizar y segmentar responde a una tentativa imposible de ajuste de las decisiones (y, tal vez, del restablecimiento de la decisión!) con la franja de una población objetivada. Consciente de esta sistematización, del fraccionamiento del encuadre político y de sus peligros, Dominique Voynet los

ha cuestionado recientemente, lamentando que: "el método Jospin procede de una lógica de sustrato sociológico y temático. El PS se dirige a las clases medias y superiores y deja al PCF las clases populares, y a los Verdes, el discurso sobre los excluidos" (*Le Monde* 23/5/00).

Por estas operaciones, lo real se encuentra falto de su sustancia viva. Los problemas concretos devienen abstractos: la reificación de la realidad es el broche de oro de este proceso. Es interesante, en los últimos años, observar la diferencia del lenguaje que usan los políticos para referirse a la prisión, desde que algunos entre ellos la experimentaron. Aplicada a una categoría de la población con la cual no tenían ningún trato, su discurso dejaba, hasta no hace mucho, poco espacio para una aproximación razonada de los problemas ligados al universo carcelario. El descubrimiento desde el interior de ese medio tan gangrenado por la miseria moral y las violencias de toda índole tuvo un efecto de cebo mediático y permitió descubrir una realidad hasta entonces oculta. Este cambio de perspectiva debería poseer valor emblemático y aplicarse a la aprehensión de la vida cotidiana. Además, es necesario abrir el debate público a discursos de origen variado. Un problema concreto puede legítimamente ser enfocado desde un encuadre técnico por necesidades administrativas, pero no hay ninguna obligación, en función de esto, de hacer un *impasse* sobre la palabra de las personas directamente involucradas.

Por el sistema de selección de políticos y expertos que le es propio, la televisión ha eternizado un saber legítimo, formal, a menudo desconectado de lo que percibe la experiencia real. Sería larga la lista de los "expertos" platicando sabiamente acerca del movimiento social de 1995 o acerca de las perspectivas económicas consideradas, en un breve lapso, de muy negras a excepcionalmente favorables. A pesar de la repetición de sus errores, ellos no cesan de ser llamados para proferir sus opiniones en los telediarios o en los magazines políticos, con singular seguridad. Su saber y sus métodos validados por un sistema escolar muy formal están, de esta forma, sobrevalorados por la televisión a riesgo de perder toda pertinencia. Tal situación, característica de un período en el que el modelo de comunicación asimétrico y vertical instituido por los medios ha sido dominante, posee importantes efectos ideológicos.

El razonamiento del experto y sus análisis se presentan como indiscutibles. Fundados en la razón, ofrecerían la garantía de una perspectiva objetiva. Pero esto equivale a olvidar que tal forma de razonamiento segrega del campo social todo aquello que revela los conflictos de interés entre los actores o los grupos sociales, así como también la parte subjetiva de los comportamientos humanos. Aplicado a la comprensión de fenómenos sociales constituye un vacío de sentido. Cómodo para evitar la discusión pública acerca de los problemas esenciales de la ecología, de la ciencia, de la técnica o de la economía,

sirve para justificar posiciones de poder hegemónicas. Este proceso se inscribe perfectamente en el cuadro de lo que Pierre Ronsavallon (1992) muestra en su historia del sufragio universal. Francia parece, en efecto, marcada por la dificultad de aceptar la totalidad de las implicaciones ligadas a la consulta en estricta igualdad de todos los ciudadanos.

La duda subsiste aún en la representación de una parte de las elites, en relación con la capacidad del "número" para hacer las mejores elecciones. Las categorizaciones implícitas de las prácticas periodísticas lo confirman: la racionalidad pertenece al experto, la pasión es patrimonio del profano. Es importante reaccionar frente a esta mirada coagulada de la sociedad. En el plano del razonamiento ¿no es más válido inscribir las elecciones de la sociedad en un período largo como lo hizo la gente común cuando se tuvo que definir sobre cuestiones que comprometían el futuro, antes que adoptar, a la manera de los especialistas, una temporalidad instrumentalizada, el tiempo de un proyecto? La ausencia de debate público entre las diferentes fases de la construcción europea es, en este sentido escandalosa, cuando los ciudadanos-electores tienen necesidad de informaciones precisas para medir las consecuencias de las transformaciones anunciadas. La evaluación se hace legítimamente por comparación entre la situación pasada, la situación presente y la proyección hacia el futuro. En lugar de eso, la clase política y los periodistas líderes de opinión se conforman con anunciar un porvenir mejor. Los procesos cognitivos movilizados en el lenguaje cotidiano toman entonces, también, el camino del razonamiento abstracto.

Las creencias ideológicas, los valores éticos que ese lenguaje expresa, participan frecuentemente de una visión del mundo racional y motivada. Estas referencias a un cuerpo de pensamiento se apoyan en la experiencia vivida y, en tal sentido, constituyen quizá la riqueza de lo que solemos llamar la "sabiduría popular". La inteligibilidad del mundo no se confunde con el intelectualismo y el pensamiento se enriquece en contacto con experiencias concretas. El rechazo de esta dualidad por el ocultamiento sistemático de los procesos cognitivos propios del lenguaje cotidiano han transformado inexorablemente el debate público en un monólogo en el interior de castas bien nacidas, sin ningún tipo de resonancia pública. Los trabajos recientes de un equipo de sociólogos muestran cómo esta desposesión de la palabra ha provocado un movimiento de repliegue hacia otros territorios de expresión tales como los *talk shows* (Windisch 1990). Su éxito no es ni sorprendente ni escandaloso: es el resultado, por lejos, de una exclusión programada y justificada en nombre de las constricciones televisivas.

Traducción de María Elena Bitonte

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BONNAFOUS, S. (1994) "Parole médiatique en temps de crise. Étude de cas", *Études de communication* 15, 113-128.
- MOUCHON, J. (1997) "Télévision et argumentation politique: l'exemple du traité de Maastricht" en *Information et démocratie: mutation du débat public*. Fontenay-aux-Roses: ENS éditions.
- (1998) *La politique sous l'influence des médias*. París: L'Harmattan.
- NEVEU, E. "Des questions jamais entendues. Crise et renouvellement du journalisme politique à la télévision", *Politix* 37.
- ROSANVALLON, P. (1992) *Le sacre du citoyen*. París: Gallimard.
- VERÓN, E. (1987) "Corps et métacorps en démocratie audiovisuelle", *Après-demain* 293-294, 33.
- (1995) "Médiatisation du politique: stratégies, acteurs et construction des collectifs", *Hermès* 17-18. París: CNRS.
- WINDISCH, U. (1990) *Le prêt-à-penser*. Ginebra: L'Age d'homme.

ABSTRACT

Political debates on French television attract an increasingly smaller audience. Without disregarding the logic of programme makers, who are no doubt aware of the situation, should we not try to understand the reasons behind this new situation and take a fresh look at the social representations of those participating in the broadcasts, the conditions of the new interaction between programmes and audience and the cognitive processes upon which they place their values?

Jean Mouchon es profesor en la Universidad de Paris X-Nanterre, donde dirige el Centro de Investigación sobre la Información (CRSI). Investiga las mutaciones del ámbito de la información y la evolución de los modelos de la comunicación política. Es presidente honorífico de la Sociedad Francesa de las Ciencias de la Información y la Comunicación (SFSIC). Su última obra ha sido traducida al español con el título *Política y medios. Los poderes bajo influencia* (Gedisa, 1999).
E-mail: jean.mouchon@u.paris10.fr